

## Que dice la hermana de Pito que escribió este libro



Pito y Norita, en el desfile típico de Domingo de Carnaval  
en Penonome, Febrero 2005

Nací en una familia de clase media. Mi madre era una profesional con título universitario Summa cum laude y no creo que mi padre hubiera cursado estudios universitarios, pero eso sí, era muy guapo. De la familia de mi padre se muy poco. Él vino a Panamá con el ejército de los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial, época en la que había muchos americanos acantonados en las riberas del canal. Era hijo único y su madre vivía en los Estados Unidos. Cuando era adulta ya, conocí a Mary Ann, mi abuela paterna. Durante nuestra niñez, el contacto que existía entre nosotros era de frecuentes cartas, regalos de Navidad y de cumpleaños que recibíamos por correo. De la familia de mi papá solo la conocimos a ella.

Pero del lado de los Pezet Herrera sí había una familia numerosa, de muchas tías abuelas, tías, primos y muchas amistades. El tronco de la familia Herrera, Don Ángel María Herrera, se había distinguido como educador, representante de la provincia de Panamá ante el congreso colombiano y sobre él existe una excelente biografía. De la familia Pezet, no conocí a mi abuelo Ricardo Medad Pezet Arosemena por que murió muy joven, ni a mi bisabuelo José Julián de la Concepción Pezet López, porque murió en 1912, ni a mi bisabuela Felicidad Perpetua de la Cruz Arosemena. Sí conocí al tío abuelo, el Dr. José Pezet Arosemena, quien se distinguió en el campo de la educación y en la política fue uno de los fundadores de Acción Comunal.

Cuando mi papá, Charles Scott, abandonó el hogar, yo no llegaba a los ocho años y el que asumió la figura paternal fue el tío Ricardo, hermano de mi mamá. Las figuras masculinas de tío Ernesto Chandeck, esposo de tía Fila, y de Laudelino García, esposo de tía Lesbia, influyeron mucho en mí. Entre ellos representaban

las figuras masculinas de la familia durante mi niñez. A falta de padre en el hogar, y como mi mamá tenía varios trabajos, y fue madre y padre, nuestra segunda madre, a quien siempre encontramos en el hogar fue a mi abuela materna Magdalena.

Cuando Charles Scott se fue, yo cursaba el tercer grado en las escuelas de la llamada Zona, o sea que desde el kindergarten hasta tercero, estudié en el idioma inglés. Después del abandono del hogar, hubo una merma en el ingreso familiar. Mi hermana Lupita y yo fuimos al colegio público, a la escuela República de Chile, donde por no tener un buen dominio del castellano, yo volví a cursar el tercer grado. Para mi cuarto grado ya estábamos inscritas en un colegio católico de niñas, el Colegio Internacional de María Inmaculada.

No recuerdo mucho de la escuela República de Chile. Supongo que estaba en un estado de «shock», tratando de adaptarme a la falta del padre, al nuevo sistema escolar y al nuevo idioma, porque la mezcla entre los idiomas inglés y español que hablaba era una verdadera vergüenza para la hija de Nora, la nieta de Magdalena y la biznieta de Ángel María, todos distinguidos educadores.

Lo que sí recuerdo de María Inmaculada es que había niñas de hogares muy favorecidos por don dinero, y que a la hora de las fiestas, se notaba la diferencia. No era difícil ver que las monjas tendían a favorecer a alguien cuyo padre en ese momento ocupara un alto cargo en el gobierno de turno, y las chicas se aprovechaban de las circunstancias especiales para abusar. Recuerdo a una pobre maestra que cuando entraba al salón, un buen grupo de las alumnas se tiraba al piso, y bailaban y cantaban. Yo no me excluía de este grupo. La maestra, cuyo nombre

se me ha olvidado, no podía dar la clase, por lo menos perdía un buen rato estableciendo la disciplina. Han debido suspender a todo el salón, pero nunca lo hicieron ni recuerdo que hayan castigado a nadie. No sé si los maestros aún amenazan a los alumnos, supongo que sí, porque había una maestra alta y flaca que se paraba enfrente de mi escritorio, doblaba su cuerpo hacia mí, me miraba intensamente con aquellos ojos que decían: «te voy a causar pavor», y seguidamente me gritaba, ESCOTT. Hasta el día de hoy no entiendo que perseguía porque no resultó.

Aunque estuve tentadísima y pedí que me cambiaran a un colegio público donde pensaba que habría más igualdad y menos maestros gritones, gracias a Dios que ni caso que me hicieron en casa y yo aprendí a sobrevivir. Algo bueno hicieron en ese colegio porque me fue muy bien cuando terminé la secundaria en un colegio en Gowanda en el estado de Nueva York en los Estados Unidos y más tarde en las universidades donde obtuve una licenciatura y posteriormente una maestría.

No tengo recuerdos desagradables de mi juventud, ni tampoco recuerdos de que tuviéramos algún problema en particular porque teníamos un hermano especial. Tal vez sería por la manera como nos criaban en casa a los tres, entre mi mamá y la abuela. A pesar de las limitaciones económicas, no recuerdo que me faltara nada. Nuestra casa era una casa donde había mucho amor y comprensión. Me parece que la gente hablaba en voz baja y no se escuchaban gritos. La gente no lloraba. No había peleas. No quiero dejar de mencionar que mi vieja fue una gran compañera y nos llevaba a buenos paseos, entre los cuales no puedo olvidar la primera vez que subimos el Cerro Guacamaya cerca de Penonomé. Obviamente, todo esto se refleja en lo que soy hoy.



retiré del trabajo muy lucrativo para dedicarme casi enteramente a salvar las aves y al ambiente.

Al mismo tiempo, adquirí de lleno la responsabilidad de atender a mi mamá. Me convertí en la mamá de mi mamá y ahora, soy madre soltera de dos hijos, porque también soy la mamá de Pito. No me quejo. Tengo una linda familia y no los cambiaría por nada. Dios sabe cómo hace las cosas.



## Segunda parte

# Cuentos de Pito



## Celebración de los cumpleaños

El mejor lugar para celebrar los cumpleaños de Pito era en La Escuelita, en compañía de sus compañeros, de los maestros (que tienen su puesto asegurado en el cielo), y de los empleados de la Escuela; todos ellos estaban integrados a ese mundo especial, conocían a los «muchachos» desde hacía mucho tiempo y existía gran camaradería entre ellos.

Pues bien, se tenía por costumbre sentar al homenajeado en una silla en frente de los demás muchachos al medio día, después del almuerzo. Antes de cantar el feliz cumpleaños, muchos de ellos se acercaban al que cumplía años y decían unas palabras o recitaban una poesía o le cantaban. La directora, Mireya, me contó en alguna ocasión, que para ella, este acto era realmente significativo, porque había mucha sinceridad y emoción en lo que los participantes dedicaban al cumpleañosero.

En cuanto a los regalos que Pito quería, siempre estaban los consabidos CDs (discos compactos) de música de mariachis, carritos y avioncitos. Su mayor felicidad era que lo llevaran a las Farmacias Arrocha, donde escogía, con deleite, sus carritos o avioncitos o los dos. Tenía una colección enorme. Yo le decía: —Pito, esos son juguetes de niño. ¿Tú eres hombre o niño? Rápidamente me contestaba: —Los dos.

No había año que pasara sin que Pito celebrara su cumpleaños —y nos lo recordaba con bastante anticipación como para asegurarse de que habría fiesta y regalo. Siempre insistía en celebrarlo en la casa— un año lo hicimos, y prometí que sería la última. Pito esperaba a los amigos a la entrada de la casa, y si al-



guien no le entregaba el regalo, le decía cualquier barbaridad. Durante la fiesta, tuvimos que poner orden en todo el sentido de la palabra. Recuerdo que uno de los compañeros se comió nueve pedazos de dulce; otros se encerraron en el baño... pero, en general, la mayoría no cometió ninguna fechoría. Cantaron, bailaron y se divirtieron de lo lindo por varias horas.

Los cumpleaños celebrados en la escuela, definitivamente, eran más divertidos para todo el mundo, porque participaban los alumnos del taller y el personal administrativo. En dos ocasiones, contraté a los mariachis y los chicos cantaron y bailaron. Estaban felices. A Pito le encantaba cantar *El Rey y Volver*, y aunque a veces no era muy clara la expresión, la mayoría de las personas identificaban la canción.

El 9 de agosto de 2003, Pito comenzó a celebrar sus efemérides desde el día 8, en La Escuelita. El 9 continuó la celebración, en una fiesta de las Olimpiadas Especiales y, finalmente, el domingo 10, al final de la misa de 7 p.m., en Penonomé, el sacerdote invitó a todos los cumpleañoseros a acercarse al altar. Seguidamente los feligreses cantaron el «feliz cumpleaños», después de lo cual toda la iglesia aplaudió. Pito estaba realizado.

¿Que haremos para el próximo? Pienso que uno de estos días debemos celebrarlo en grande. Se lo merecen él y todas las personas que lo quieren. Quizás deberíamos celebrarlo en el parque público de Penonomé como una fiesta de pueblo a la cual, sin lugar a dudas, asistiría muchísima gente.

## Tigres y otros peligros

Pito tiene una gran imaginación. Podríamos decir que es igual a la que tienen muchos niños: tanto gozamos sus hazañas que hay que contárselas a todo el mundo: «¿Oíste la ocurrencia de Panchito? ¿Viste la locura que dijo Anita?» ¡Pero que inteligente es este chiquillo!

En una ocasión, la amiga Hena Zachrisson, autora de libros de cuentos infantiles, fue a La Escuelita a contar cuentos y a llevar un programa de títeres. Dice Hena: «Pito participó, luego de un cuento de Tío Tigre, contando que en la finca en Penonomé descubrieron una noche un tigre y lo mataron».

Yo preguntaba que de dónde habría sacado Pito lo de los tigres en la finca, pues el peor incidente ha sido con unas 30 vacas que rompieron las cercas y se acercaron al área social. De mi parte, casi me muero del susto cuando las vi., después que mi mamá preguntó «¿oye Norita, cuántas vacas tienes aquí en la finca?»

Es cierto que hay tigrillos en el área de Cerro Gordo, pero por si no lo saben Uds., en Panamá no hay tigres, y casi ni se habla de los pocos gatos que nos quedan en áreas selváticas como jaguares y ocelotes —de vez en cuando, hay una queja de un grupo de ganaderos que pierden algún ganado, esas propiedades están cerca de algún área protegida. En mi vida, que me encanta andar por el monte, por más que hubiera querido, jamás he visto un tigrillo. Son bastantes chicos, algo más grande que un gato de casa. Sólo oigo las quejas de los vecinos de las fincas, porque el tigrillo se comió las gallinas.

Envié este cuento de Pito a varias amistades, y la prima Moty nos contestó: «Con lo flojo que es Pito, no quisiera saber lo que hubiera pasado si llega, siquiera, a ver un tigre. ¿Te imaginas a Pito, como Luisa Pirón, gritando por todo Penonomé que vio y mató un tigre en La Peregüeta? Te hubiera ahuyentado toda visita. Esto estuvo muy cómico.»

Le tenía pavor a las mariposas de cualquier tamaño y color, y no tengo idea por qué, ya que en la casa no somos de hacer escándalos en estas situaciones. Recuerdo, especialmente, un incidente bullicioso que ocurrió en Penonomé cuando mi abuela Mimi estaba limpiando unas maletas donde había guardado unas sobrecamas. Al abrirla, se encontró con un nido de ratones recién nacidos. Recuerdo la gritería que armaron mi abuela y mis tías Fila y Lesbia. Las tres quedaron encaramadas sobre algún mueble y solo pegaban gritos. A mí, que era una chiquilla menor de 15 años, me tocó entrar al cuarto, cerrar la maleta y llevármela para afuera para solucionar el problema. Realmente no recuerdo cuál fue la solución final, pero puedo imaginármela.

Ahora bien, conozco a personas adultas que le tienen pavor a las cucarachas, y creo que más miedo del que tiene Pito. Me cuentan sobre una prima que vivía en otro país tropical, donde el servicio de su casa era la casa de las cucarachas —dice ella que le daban unos ataques horribles. Creo que tuvieron que hacer una remodelación completa de ese servicio para que ella pudiera continuar viviendo en esa casa. Una noche de invierno en Penonomé, acompañada por otra de mis primas, comenzaron a entrar a la casa todas las cucarachas del mundo. No sabía que mi prima se transformaba en momentos así —lo cierto es que parecía que las cucarachas la buscaban a ella, y no a mí. A media

noche, me pidió que la llevara al terminal de transporte público para regresar a la ciudad. Yo le advertí que, seguramente, a esas horas no habría transporte, como efectivamente resultó, ya que los primeros autobuses comenzaban a salir en la madrugada, después de las 3 a.m. Logré convencerla de que no fuera a pasar la noche a un hotel porque no sabía qué se iba a encontrar allá. Regresamos juntas a la casa. Tomó asiento en una silla mecedora muy cómoda en la sala, con todas las luces prendidas, y allí pasó la noche. Allí la encontró el empleado que luego me preguntó que había sucedido. Pero gracias a Dios, yo dormí tranquilamente en mi cama. Al despuntar el alba, cuando la mayoría de las cucarachas se van a dormir, ella se dirigió a la cama y yo partí para la finca. Ahora caigo en cuenta de que después de ese incidente mi prima no ha vuelto a dormir en mi casa y eso que ya han pasado algunos años.

Pero Pito no creció en una casa donde esto de las cucarachas fuera una tragedia, así que aún no tengo explicación para el miedo que siente por las mariposas, los murciélagos y las cucarachas.

Cuando una mariposa entraba a su recámara, Pito se desesperaba y era incapaz de espantarla y menos de matarla. Así que uno de nosotros tenía que ir bien armado con una escoba o algo parecido para espantar a la mariposa. También le tenía pavor a las cucarachas, pero creo que menos que a las mariposas. En la casa de Penonomé colocamos mallas en las puertas y en las ventanas, para proteger las entradas del área de la sala y de las recámaras de toda clase de insectos y mamíferos, porque, de vez en cuando, habían entrado no sólo mariposas sino gatos, sarigüeyas y murciélagos. No había remedio contra los ratones porque esos se meten por cualquier lado. A ellos se les eliminaba después con

algún cebo tóxico. Imagínense qué no se encuentra en un país tropical, especialmente en un área rural-urbana o rural.

Una noche en que dormíamos en la finca, vi algo en el vidrio de la parte de afuera de nuestra recámara. Pito estaba asustado, y me di cuenta de lo que lo molestaba: ¡imagínense! Era una rana totalmente albina, que medía unas 5 pulgadas (más o menos 13 centímetros) pegada al vidrio. Busqué la linterna para verla bien, y pude convencer a Pito de que no le haría ningún daño porque no podría entrar. Por supuesto, yo estaba fascinada con la rana —menos mal que no se encontraban allí mis amigos científicos porque todos se hubieran ido a buscarla para alguna colección de herpetología. Otra noche en la finca, también desde su cama, me decía que había un ratón. Tenía razón. Había un ratoncito, paseándose encima de una banca ubicada fuera de la cabaña, que iba y venía. Era el ratoncito más chiquito que yo había visto y lo convencí que ese no le podía causar ningún problema. Aceptó, pero eso sí, durmió con las persianas herméticamente cerradas.

En la finca teníamos a Canelo, un bello ejemplar canino de la popular raza «tainaquer» (el origen de esta palabra es «tinaco»). En la casa de la ciudad teníamos dos siameses que lo peor que hacían era corretear lagartijas adentro de la casa, matarlas y dejar sus pedacitos esparcidos por allí y por allá. Gracias a Dios, en general, Pito sí tenía buena actitud hacia los animales «normales» como gatos y perros. Pero yo no había logrado que los quisiera tanto como yo los quiero.

## Pito y el teléfono

Pito nunca fue una persona a quien le gustara hablar por teléfono. A veces, cuando estaba de viaje, yo pedía que me lo pusieran en la línea, y el hombre decía que no. Otras veces, cuando tomaba el teléfono, permanecía mudo. Ni comenzaba por hablar por su cuenta ni contestaba ni hacía comentarios. En eso tenía mucho en común con Mamacó, quien tampoco era gran amante de las conversaciones telefónicas.

Una compañera de La Escuelita lo llamaba con frecuencia. A mí me gustaba conversar con ella, porque al igual que los otros compañeros, les gustaba decir cómo se había portado Pito. A veces inventaban cuentos, o contaban cosas que estaban pasando y que él no contaba.

Esta amiga, a quien llamaremos Rosa, lo llamaba de seguido varias veces en menos de una hora. El no quería hablarle. Una noche, estábamos disfrutando de la conversación después de la cena y él ya había ido a la hamaca, seguramente a ver el programa de La Jueza, en la televisión, uno de sus favoritos. Cuando Rosa llamó, lo fueron a buscar a la hamaca, y el hombre vino hasta la cocina. Pito permanecía callado. Se dirigió al teléfono, levantó el auricular y lo tiró, cortando, efectivamente, la llamada.

Los que estábamos presentes queríamos reírnos a gritos, pero imperaba la cortesía. Le dije que era un gran grosero, mientras que él regresaba a la hamaca y le decía muy tranquilo al empleado, «si me llaman, di que no estoy».

A veces hacía cosas tan normales...

## Conversación con el legislador Afú

En marzo del 2003, visitamos la Clínica Arango Orillac, donde a Pito le estaban poniendo un diente nuevo para reemplazar el que se le había partido. Aquel diente que le faltaba, realmente sí le afeaba la sonrisa y él estaba muy consciente de ello; a cada rato me preguntaba cuándo le arreglarían el diente. Por supuesto que no entendía que se requerían muchas citas para llegar al final del tratamiento.

En una de estas citas, yo me senté en la sala de espera donde, en ese momento, solamente había otra persona. En eso, entró el Legislador Afú con su esposa. Ella se dirigió hacia los consultorios mientras que él comenzó a hablar por su celular. Al rato, se quedó dormido y comenzó a roncar como si estuviera tendido en una hamaca en la playa. La otra persona y yo nos miramos y sonreímos. El legislador Afú era muy conocido por los panameños. El caso en que se había visto involucrado será siempre considerado algo extraño. Según entiendo, con el asunto del CEMIS hubo un intento de soborno a los legisladores, y Afú, no entiendo por qué motivos, decidió hablar. Apareció muchas veces en TV. Por supuesto que Pito lo vio muchas veces.

Cuando Pito salió después de una hora, la sala de espera estaba repleta de personas. Al estilo Pito, comenzó a saludar a todo el mundo en la sala. Iba de persona en persona dándole la mano y diciéndoles algo. Al encontrarse frente a Afú, se detuvo. Lo miraba detenidamente y, con su pulgar, le señalaba, como pensando ¿adónde habré visto antes a este señor? En aquellos momentos, la sala entera estaba pendiente de Pito y su pulgar. De

repente, Pito le dijo a Afú: «tu plata, plata, Mireya Presidenta, tu plata». Y cuando decía «plata» gesticulaba sobándose las manos, igual que había visto en la TV. Todas las miradas estaban en Pito y Afú. Les cuento que la gente no sabía adónde esconderse porque tenían unas ganas increíbles de reírse. Yo estaba de pie a un lado de la recepción, y a las recepcionistas se les querían salir los ojos. Entendían el mensaje, y no podían creer lo que Pito le estaba diciendo a Afú. Yo me quería reír a carcajadas, porque al igual que toda la sala, sabía perfectamente a qué se refería Pito. Afú rompió el hielo cuando dijo: «muchacho, tú si que tienes retentiva» y con eso, toda la sala se reía a carcajadas.

Es increíble, Pito veía noticias en TV, es cierto, pero el escándalo del CEMIS había ocurrido un año antes. Cuando vio a Afú se quedó con la duda por un rato, pero no tardó en reconocerlo.



## El Baile Típico

A Pito, como a todos estos muchachos, les encanta bailar. Y a él, le encantaba el baile típico de Panamá. Los penonomeños son muy conocidos por lo bien que bailan el tamborito, que nunca faltan en las fiestas. Durante un baile en Penonomé, en el Club de Damas Unidas Penonomeñas (las DUP), Pito se unió al grupo de hombres que, siguiendo la tradición, uno por uno sacaban a bailar a una de las damas en espera. Se llama tambor de orden. Se estila que el hombre invite a una dama, bailan y al terminar, la acompaña adonde están las otras damas. Luego, sale otra pareja, y así van. Cada vez que Pito trataba de salir al ruedo, otro hombre se le adelantaba. Después de varios intentos, Pito regresó, y con lágrimas en los ojos me dijo, «no me dejan bailar». Así que me acerqué al grupo de varones, casi todos amigos y conocidos y les dije bajito, «oigan señores, denle oportunidad a Pito y ayúdenlo a salir que está muy desilusionado.» Dicho y hecho. A los pocos minutos, Pito había bailado y finalmente estaba satisfecho; me decía «ya bailé Inga, ya bailé».

Así que nos vino muy bien que comenzaran a dar clases de típico en La Escuelita. Esto ocurrió desde el año escolar del 2002. Fui informada de que el hombre no estaba muy interesado y sólo asistía cuando le daba la gana. Pero un buen día, le dije algo al respecto y él decidió participar; creo que lo entusiasmé diciéndole que la escuela tendría un grupo de baile típico y que podría salir en la televisión. Seguro que eso lo convenció porque a Pito le encantaba salir en TV.

En mayo, nos dijeron que para el acto de aniversario de la escuela habría una gran sorpresa y que Pito formaba parte de la sorpresa. Bueno, él mismo se delató (no tenía la más remota idea de lo que era guardar un secreto, es más, si querías que repitiera algo, le decías que era un secreto): nos dijo que estaba practicando un baile típico especial.

Durante la celebración familiar de los 91 años de Tía Fila, había un pequeño conjunto y él les solicitó que tocaran el «punto». Para los que no lo conocen, el punto es un baile típico panameño —yo lo percibo como un baile de la época colonial representativo de nuestro mestizaje. Confieso que «se me paran los pelos» cuando escucho esta música, y cuando lo bailan quedo transportada. El «punto» tiene pasos especiales que se hacen en momentos específicos del baile. Confieso también que yo no lo sé bailar —ni me atrevería. Imagínense Uds. a Pito, buscando una compañera de la familia para bailar el punto —enseguida se ofreció la prima Nita, que en sus tiempos mozos había sido reina de carnaval y le encantaba el punto— y para nuestra gran sorpresa y admiración, Pito sí lo sabía bailar. Y hay que ver con qué donaire y elegancia. La familia, allí reunida, quedó absorta con esta presentación, todos impresionados con esta gracia. Después de todo, no es cualquiera el que baila el punto.

Llegó el día del aniversario de La Escuelita, que es en el mes de junio, y Pito tenía su atuendo completo: cutarras, la camisilla blanca bien almidonada y planchada, los pantalones negros y su sombrero «pintao». Estaba sentado en las últimas filas del salón de actos; de vez en cuando la prima Mayi y yo nos volteábamos para ver cuándo se unía a los otros muchachos, y nos devolvía señales, para indicarnos que todavía no.

Ya nos habíamos enterado de que el acto de aniversario culminaba con el 'punto'. Cuando llegó el momento, el hombre estaba en posición para comenzar el baile, y su pareja, Irina que lucía una vasquiña y estaba muy hermosa, lo esperaba del otro lado del salón, cerca de donde estábamos sentados. De pronto, la música comenzó y Pito se rehusaba bailar; decía en alta voz que quería de pareja a Karyn, a quien dice querer mucho. Pero Karyn no era su compañera en este baile. La madre de Irina, sentada a nuestro lado, decía:

—Ahora, no me diga que Pito va a dejar plantada a mi niña.

A lo cual yo pensé: Cielo, trágame, ¡qué vergüenza!

Eventualmente, y después de mucho empuje, Pito decidió comenzar. Otra vez lo hizo con ese donaire y elegancia —qué hermoso su baile con Irina. De repente, alzó las dos manos, muy en alto, mientras bailaba, luego las bajó, colocando el sombrero detrás de su cuerpo, siempre bailando. Repican los tambores — Uno, dos y tres golpes, hacen la genuflexión, dan la vuelta y siguen el baile. Pero no todo fue perfecto, porque de vez en cuando, seguía gesticulando que quería bailar con Karyn. A pesar de todo, fue muy aplaudido.

Después conversé con Javier, el profesor de típico (otro de los santos que trabajaban en La Escuelita) quien me confesó que desde que le había hecho una prueba, había quedado encantado con el estilo muy personal y cautivador de Pito; tanto así, que insistió en que el punto fuera la clausura del evento.

Pito sigue encantado con el baile típico, PERO, no es considerado para las presentaciones serias porque nunca se sabe si va a querer bailar o no. En ese sentido, siempre ha sido muy indisciplinado, pero tiene una fantástica personalidad que supera cualquier defectito.

## El cuaderno de comunicaciones

Para facilitar las comunicaciones entre la escuela, el taller protegido y la casa, teníamos un cuaderno en el cual se le enviaban notas a la escuela, especialmente para la maestra. Además, la escuela tenía muchas actividades «para los muchachos», y preparaban circulares que nos enviaban adjuntas al cuaderno.

En casa le dábamos un uso muy especial al cuaderno, y era para conocer sobre el comportamiento de Pito. Uds. se imaginan que como su mamá había sido Presidenta por 15 años, Pito se sentía dueño de la escuela. Además, Pito tenía una personalidad vibrante, era inventor y atrevido. No tenía pepitas en la lengua. Le encantaba dar discursos. Exigía. Que si quería el sombrero de una promoción comercial o política, que si quería ir a comer pizza, que si le regalaban el carrito o el avioncito que vendían en las Farmacias Arrocha.

Así que rayamos un cuadro para que semanalmente la maestra Ester, una Santa Mujer europea que Dios desposó con un panameño para que cruzara el Atlántico a trabajar con nuestros angelitos, indicara con una estrella dibujada en lápiz o pluma, un comportamiento excelente, regular o malo, que podría significar cualquier cosa: desde pegar gritos hasta darle patadas a alguna puerta o esconderle o quitarle el almuerzo a uno de los compañeros. También teníamos el problema de que, con frecuencia, Pito se adueñaba de un reloj ajeno o alguna otra prenda de su agrado, pero estos problemas se conversaban por teléfono. Incluso, poníamos a Pito en la línea para que explicara algo, si es que podía.

El cuadro de comportamiento dibujado en el cuaderno, lo continuó la maestra Donna.

El cuaderno se convirtió en un arma de doble filo. Cuando Pito sabía que el comentario no era positivo, simplemente no lo traía a casa o lo escondía, y me decía que se había quedado en la escuela. Pero no me mortificaba mucho porque si la cosa era grave, me llamarían, la maestra Ester o la maestra Dona o la compañera Melinda de la Guardia, y me dirían el cuento con lujo de detalles. Cuando la situación era grave, Pito a veces optaba por arrancar las páginas del cuaderno; yo me daba cuenta porque cuando comenzábamos un cuaderno nuevo, le poníamos número a las páginas.

Pero el cuaderno también servía para recompensar a Pito. Cuando pedía algo como un reloj, un CD o una salida especial de pizza, yo le decía que tenía que enseñarme las cinco estrellas. Parece que con este cuadro logramos establecer algo de control y disciplina que dio algunos resultados positivos.

Esos cuadernos contienen mucha historia. A ellos nos podemos referir para acordarnos de los cuentos de Pito.

## Relación de Pito con los médicos y las enfermeras guapas

Pito ha sido muy sano, gracias a Dios. Lo ayuda el hecho de que, a través de su vida, ha ido regularmente al dentista y que estábamos pendientes de cualquiera irregularidad, sea esto un dolor, resfrío, tos o fiebre. La escuela facilitaba esta tarea porque durante el año iban los médicos a examinar a todos los alumnos y les ponían las vacunas indicadas, como por ejemplo, la de la gripe. En las Olimpiadas Especiales había un programa de mantenimiento de salud que incluía ojos y oídos, del cual podían beneficiarse los atletas.

Una de las primeras cosas que le decía al médico, antes de ser examinado, era «doctor, yo no voy a morir». A veces lo repetía varias veces. Así que, a pesar de la aparente calma que tenía al visitar un médico, siempre tenía algo de temor. Siempre pensé que si la relación médico - paciente era tan importante para cualquier persona, en el caso especial de Pito era más importante aun. Con muy pocas excepciones, rara vez nos encontramos ante un médico que no celebraba las gracias de Pito.

El Dr. Tito Sánchez operó las várices de Pito en dos ocasiones. Una operación pone nervioso a cualquiera, pero cuando se trataba de Pito la cosa era peor. Cierto es que los médicos y enfermeras que lo han tratado están superdotados en paciencia y amor, porque no ha habido uno que se resista a las ofertas de cariño y de amor de Pito.

Acostado en la camilla para entrar al quirófano y hasta cuando hizo efecto la anestesia, sólo fue hablar de las mujeres guapas

y más guapas. Cuando despertó, continuaba hablando sobre más mujeres guapas. Por supuesto, se había ganado a todas las enfermeras del piso, siempre era así.

Tito Sánchez, que a través de los años siguió monitoreando su salud, siempre a las finales le regalaba el famoso carrito o avioncito. A pesar de mi petición de que no lo complacieran porque tenía tantos carritos, las personas hacían caso omiso.

Pito fue paciente por muchos años de la Clínica Dental Arango Orillac, y uno de los médicos que más lo atendió fue el Dr. Fernando Boyd y su asistente Betsy. Cuando Pito entraba, paseaba por toda la clínica saludando, abrazando y si era posible besando a todas las mujeres guapas que trabajaban allí. Todas las mujeres guapas lo trataban con mucho cariño y a él le encantaba el ambiente de la clínica.

Conversé con Betsy, quien le había limpiado los dientes muchas veces, para conocer cómo era su trabajo con Pito. Sonrió. Dijo que le tenía mucho cariño. Confirmó que, de vez en cuando, cuando ella tenía su dedo en la boca del paciente Pito, él la mordía. ¡Qué sinvergüenza! También me dijo que cuando estaba trabajando, a veces le comenzaba a tocar el cabello. Pero nunca consideró que Pito era atrevido, sino más bien juguetón.

Pito estaba muy consciente de la limpieza de su boca y de cómo se le veían los dientes. Tenía problemas con las encías, así que, por lo menos cuatro veces al año, el dentista lo examinaba. Quizás por la debilidad con las encías se le cayó un diente del frente. Pito no soportaba verse sin el diente y no pudimos perder tiempo para que le pusieran uno nuevo. Una vez que lo tenía, era otra vez el coquetón de todos los días.

## Pito y el servicio doméstico

Qué afortunados hemos sido con la ayuda doméstica que hemos tenido en casa. Gracias a Dios, los empleados trabajaban muchos años con nosotros —Nati estuvo 15 años, Iván más de 13 (y luego volvió), Lolita casi 10, Uriel casi 9, y así sucesivamente. Cuando contratábamos un empleado, era muy importante conseguir todas las referencias posibles. Además, no solo necesitábamos buenas referencias de trabajo y de honestidad, sino de personalidad y de trato con los demás. Siempre les presentábamos a Pito y los dejábamos solos un rato para ver cómo se desenvolvían. Les decíamos que para mantenerse en el trabajo era un requisito básico llevarse muy bien con Pito. Casi ninguno había conocido a una persona con Síndrome de Down, y solo recuerdo una persona que me confesó que le daba algo de miedo trabajar con alguien así.

Pito era bastante independiente, pero al mismo tiempo sabíamos, desde que estaba pequeño, que siempre dependería de nosotros. A la vez, nosotros dependíamos de una ayuda doméstica calificada, que, además, supiera manejar las diversas situaciones. Pito no sabía leer ni escribir y aquí en Panamá, era difícil que consiguiera un trabajo que le pagara lo suficiente para vivir. Tampoco había aquí facilidades para que viviera en una casa con otros como él, como sí lo hay en otros países. Sólo había un hogar especial, que era el hogar Rayos de Luz, que aunque independiente, formaba parte del complejo de La Escuelita, donde podría vivir si nosotros faltábamos.

En una ocasión, un grupo de alumnos de La Escuelita fueron seleccionados para trabajar en una fábrica donde tenían que se-



parar las pastillas de medicina que luego irían en frascos. Pito sólo alcanzó a trabajar una tarde y una mañana, porque se la pasaba saludando y conversando con todas las personas nuevas que estaba conociendo. Ese era su estilo y nada ni nadie lo iba a cambiar. Bastante sufrimos en casa cuando los administradores de la fábrica informaron que Pito no daba la talla. En cambio, varios de sus compañeros hicieron muy bien el trabajo.

Pito era muy querendón, pero cuando algo le caía mal, no tenía pepitas en la lengua para decirle a uno de los empleados que se largara, que no lo quería. «VETE» les decía con voy muy fuerte y clara. Afortunadamente, los empleados lo comprendían y casi siempre lo tomaban como una broma. Uno que otro decía que Pito sabía exactamente lo que estaba diciendo y que renunciaría. Entonces, teníamos que recurrir a nuestras mejores herramientas de convencimiento y conversar con el empleado para que se tranquilizara y se olvidara de la renuncia. Esta situación nos causó problemas en muy pocas ocasiones.

Durante la época de clases, Pito se levantaba todos los días como a las 5:30 a.m., antes que el resto de la casa. La noche anterior, esperaba que todos estuvieran acostados —entonces ponía la mesa del día siguiente para un desayuno que normalmente consistía en cereal con leche, pan con queso y té. También dejaba listo el uniforme de la escuela, que era un pantalón de rayas azules y la camisa blanca, su ropa interior, y en la mañana, se vestía antes de ir a desayunar. Insistía en afeitarse en la noche, porque aducía que no tendría tiempo en la mañana. Era por gusto que yo le dijera que se afeitaba solo para que lo vieran las niñas en los sueños y que al día siguiente estaría barbudo y feo. Pero eso le daba por épocas ya el era muy presumi-

do, así que normalmente, lográbamos que se afeitara en las mañanas.

Teníamos una suscripción a un diario que traían muy temprano, y antes de desayunar, lo primero que hacía Pito era ir a buscar el diario. Lo llevaba a un escritorio cerca de su habitación y cuando terminaba de desayunar, se sentaba con el periódico y una taza de té, a «leer». ¿Uds. saben? Pito no sabía leer, pero, sí asociaba símbolos y sí reconocía caras. Lo que hacía era que compartía con nosotros cualquier cosa que le resultaba interesante.

Cada noche también se aseguraba de que tenía el almuerzo listo para el día siguiente, y si no había comida o si él lo pedía así, le dábamos un boleto para poder comprar su almuerzo en el Hogar. Siempre llevaba una merienda para comer a mitad de la mañana, durante el recreo. Para Pito, pensar que no tenía comida se convertía en un verdadero problema.

Regularmente estaba listo a tiempo para tomarse tranquilamente una taza de té mucho antes de llegara el transporte de la escuela. Para esperarlo, si no estaba lloviendo, sacaba una silla del patio y la colocaba en la acera, frente a la casa. Desde ahí, saludaba a todos los empleados que llegaban al banco ubicado frente a la casa, y todos ellos lo saludaban de vuelta. «Hola guapa» decía a casi todas las mujeres. Uno de nuestros empleados siempre lo acompañaba, a la vez que barría las hojas o practicaba alguna limpieza en el frente de la casa mientras llegaba el «busito» colegial.

Una empleada me contó que antes de trabajar con nosotros, ella le tenía miedo a estos niños. Traté de averiguar qué era lo que le daba miedo, pero nunca pude saberlo. Sí entendí que pensaba que le harían daño. Sin embargo, al pasar el tiempo, ella desarrolló una relación muy bonita con Pito, que la quería mucho. Des-

pués, me contaba cómo cuando salía con Pito, entablaban conversación con distintas personas y ella les explicaba sobre el comportamiento de Pito, cómo había que tratarlo, entenderlo y quererlo.

Los fines de semana, Pito asistía a las prácticas de las Olimpiadas Especiales acompañado por uno de los empleados —yo hacía esto a propósito para que si yo estaba de viaje o tenía otro compromiso, él no perdiera su práctica porque siempre habría quien lo llevara y alguien a quien conocieran en las Olimpiadas. La verdad es que los empleados tenían que saber trabajar con Pito, de lo contrario, no servían para el trabajo.

Ya dije que si había algo por lo cual Pito se disgustaba era por algo que amenazara su comida. Hubo una época en la que si alguien nos visitaba a la hora de la comida, él, de una forma muy grosera, le decía que se fuera y, con vergüenza, teníamos que emparapetar la situación con la visita. Lógico está que también le llamábamos la atención por esta grosería, y con el tiempo dejó de hacerlo.

Por muchos años, como dije, trabajó con nosotros la querida Nati, quien era oriunda de Penonomé. Cada vez que Pito se disgustaba con ella por cualquier tontería (cosas como, por ejemplo, que le dio menos arroz, le puso una rebanada de queso en vez de dos) ella quedaba muy sentida. Al punto, que Pito le decía: «vete, no vengas más». Ella, que lo quería tratar como un adulto cualquiera, quedaba llorando y nos decía que, efectivamente, se iba. Así que quedábamos consolando a dos personas. —Nati insistía en que Pito bien que sabía lo que estaba diciendo, y nosotros teníamos que convencerla de que no era así. Después de un rato, Pito le decía que ella era bella, que no se fuera, que él la quería mucho, en fin, todo terminaba bien hasta que volviera a ocurrir.

## ¿En qué idioma habla Pito?

Pito hablaba en el idioma de Pito. Era el español hablado por Pito. Era su idioma. Tenía la tendencia de tragarse las primeras sílabas de las palabras. Por ejemplo, en vez de decir vacaciones, decía «ciones». Había palabras que no eran sucias pero lo parecían, por ejemplo, decía «puta» en vez de «bruta», esto lo metió en varios líos.

Gracias a Dios que de palabras sucias sabía muy pocas. Decía «endejo», que Uds. pueden traducir por Uds. mismos. Su favorita era «coño», y bien que sabía que era sucia. ¿Cómo la comenzó a usar? Podríamos atribuirle la culpa a Doña Nora. A ella le encantaban los chistes, y había uno de una lora que repetía mucho. De tanto oírlo, Pito se aprendió algunas partes y repetía las que le convenían.

La versión de Doña Nora:

Una viejita sale de su casa, donde deja su lorita.

Al rato llega el plomero y toca la puerta. Nadie contesta.

Toca otra vez. Esta vez, la lora dice: «¿Quién está allí?»

El plomero contesta: «el plomero». Hay un silencio.

El plomero toca otra vez. Dice la lora: «¿Quién está allí?».

El plomero contesta: «el plomero, ¡coño!» Hay un silencio, no hay respuesta.

El plomero toca otra vez. «¿Quién está allí?», dice la lora. Hay silencio. El plomero no contesta. El plomero, bravo, le da tantos golpetazos a la puerta que se desploma en el piso frente a la puerta.

Regresa la viejita y encuentra al plomero en el piso, inconsciente. La viejita dice «¿Quién está allí?»

Contesta desde adentro la lorita: «el plomero, ¡coño!»

Esta es la interpretación de Pito:

Una viejita sale de su casa y le dice a su lorita que está esperando al plomero. El plomero llega y toca la puerta. Nadie contesta. La lora le grita «Coño»

Andábamos de paseo en un camino rural del área de Penonomé probando mi Land Cruiser nuevo y nos acompañaba Mecesolé. En ese tiempo estaba muy de moda el chiste del loro y de la viejita y Doña Nora acaba de contarle el chiste a Merce. Al poco rato, el automóvil cayó en un hueco y Pito gritó a toda boca, apropiadamente y por primera vez: «¡Coño!»

Cuando regresamos a casa, Pito fue corriendo a buscar a la gran abuela de todos los tiempos, Doña Magdalena, cariñosamente apodada Mimi, y le dijo que le quería contar un cuento. Mimi le preguntó que cuál era, y Pito le dijo que era el cuento del coño... Mi abuelita, tan correcta en todo, quedó espantada... pero además de correcta tenía el don de la comprensión, de modo que procedió a pedírselo y ya Uds. saben lo que Pito le contó.

Han pasado muchos años y Pito todavía cuenta el cuento del coño. Solo tienen que pedírselo.

A Pito le encantaba dar discursos. No perdía oportunidad, ya fuera durante una fiesta familiar o un evento público. Como no tenía pepitas en la lengua y no tenía inhibiciones ni miedo a

nada, él se lanzaba al ruedo y le decía pan al pan y vino al vino. Gracias a Dios, a veces no le entendían todo lo que decía...

Todos los que le rodeábamos éramos sus traductores. Sin embargo, cuando daba sus discursos en público —que fueron muchos, la gente le escuchaba. Recuerdo el día en que, en media misa, se apoderó del altar en la Iglesia de San Francisco de La Caleta y les dijo a todos los presentes que él se quería casar con Karyn cuando ella creciera —creo que mucha gente le entendió, y fue muy aplaudido.

Durante el sermón dominical de una misa en Penonomé, cuando el sacerdote dijo: «¿dónde está Dios?» el contestó desde su puesto con una voz alta y segura, «Dios está en el corazón de todos» y la iglesia se vino abajo de la emoción.

En una ocasión en la iglesia de Penonomé, el padre se atrasó para comenzar la misa. Alguien salió de la sacristía y le dijo a los parroquianos que el padre había sufrido un atraso. Algunas personas estaban confundidas y no sabían si irse o quedarse. Pito caminó hacia el altar, y le dijo a los feligreses: "El padre no viene: emigren, emigren". Por supuesto que los feligreses se echaron a reír.

A veces bendecía la comida, a veces bendecía a Karyn, a veces simplemente era una oportunidad de dar su discurso.

Verdaderamente, hubiera sido un gran político.

Algunas palabras del Diccionario de Pito

Aita	Norita
Allon	Ladrón
Atín	Martín

Atín	Patín
Bella	Mamá Scott
Ciones	Vacaciones
Cuacua	Pascua
Coño	Coño
Ecoute Mi	Escúcheme
Enonomé	Penonomé
Epi	Lupita
Esmith	Su tío Darcy
Étete	Siéntese
Guapa	Todas las mujeres son guapas
Hay menta	Hay tormenta
Hoy o mañana	Hoy o mañana
Inga	gringa (=Norita)
Ingue	Inglés
Mamacó	Mamá Scott
Mamaya	Guacamaya
El miau	el gato
Moque	Pan de molde
Pinca	Finca
Pópo	Polvo
Puta	Pelota o puta —depende de las circunstancias
Ti Pata Te	¿Que le pasa a Ud.?
Toing Toing...	Tetas (o senos) de una mujer bien dotada
Tótoba	El Doctor Córdoba
Ufo Arias	Arnulfo (Arias)
Uto uto.....	Mucho gusto
Yo no morrí	Yo no voy a morir

## Que significa la muerte

La primera vez que recuerdo haberle dado una explicación a Pito sobre algo relacionado con la muerte fue en la isla de Taboga. Pito tenía 34 años.

Doña Nora, él y yo habíamos ido a pasar unos días a Taboga, hospedados en el Hotel La Restinga. Como era día de semana, no había muchos huéspedes. Además era finales de septiembre, temporada lluviosa, y la gente no visitaba mucho la isla en esos meses. Una noche, nos llamaron para decirnos que había muerto Rosa Villalaz de Pezet, quien había estado sufriendo muchos quebrantos de salud. Ella era la viuda de nuestro tío el Dr. José Pezet. Tratamos de viajar hacia la ciudad esa misma noche, pero fue inútil. No era de extrañar, porque había pocas lanchas que hacían el recorrido Panamá - Taboga, y la última lancha de regreso a la ciudad lo hacía al caer la tarde.

Pito preguntó que por qué había muerto Rosa. Lo primero que vino a mi mente fue decirle que Dios la había llamado por teléfono y la había invitado a visitarlo. De ese día en adelante, Pito decía en su idioma especial: «a mí que no me llamen por teléfono, yo no voy a morir.» Y todos le entendían. Decía algo como «yo no morrí».

Sin embargo, cuando estábamos en Penonomé y había un muerto, Pito se enteraba rápidamente porque nuestra casa estaba frente a la iglesia y, además, el repique de las campanas era especial para el momento. Pito no perdía ocasión de acompañar el féretro desde la iglesia al cementerio, y una vez allá, tenía que dar un discurso. Me cuentan que cuando murió una gran amiga



de la familia a quien él conocía, Vita Tejeira de Svatos, sus palabras fueron increíblemente conmovedoras. Habló bellezas de Vita, de su gran amistad con mi mamá y mis tías, que se conocían desde niñas, y decía que ahora estaba en el cielo, con Dios. Dicen que la gente que lloraba, lloró aun más.

Cuando murió Carlos Cordovéz, compañero de toda una vida de La Escuelita y del taller protegido, tampoco lo vi muy triste; ni tampoco con la muerte de las mamás de sus compañeros como Cira Pachecho, la Sra. Lyons o la mamá del mismo Cordovéz. Él decía con mucha tranquilidad que ahora estaban contentos con Dios en el cielo.

Sin embargo, sí le molestaba las cajitas que contienen las cenizas. En algún momento quiso saber qué pasaba con el cuerpo grande y cómo cabía en la cajita. Estoy segura de que eso nunca se lo he explicado bien.

Pero a través de los años observé que no le gustaba asistir a la misa de difuntos y, gracias a Dios, había perdido el interés en el cementerio, especialmente me refiero al de Penonomé. Creo que con el tiempo habría desarrollado un sentido negativo hacia cosas relacionadas con los muertos.

Lo que les puedo decir acerca de este tema de la muerte, es que Pito logró aceptarla con naturalidad, como, en general, lo hacen los niños cuya experiencia haya sido bien dirigida. Para nosotros, los que hemos aprendido a vivir una vida plena al lado de los niños Down, ellos son unos angelitos aunque sean unos viejos, y tenerlos a nuestro lado es una bendición. ¿Cuántas personas que usted conoce pasan su vida siempre acompañadas por un ángel?

## El día en que Pito casi se ahoga

Los veranos los pasábamos completitos en Penonomé; la rutina diaria incluía un baño en el balneario Las Mendozas, del Río Zaratí, adonde caminábamos después del desayuno y donde gozábamos de sus limpias y cristalinas aguas casi hasta el medio día. En el agua, la «Profe» era seguida por cantidades de niños. También iban, por costumbre, otras familias amigas y muchas veces nadamos hasta un lugar del río que llamaban Las Tres Peñas, un excelente recodo con buena profundidad para hacer clavados y donde, supuestamente, también vivía el lagarto Serafín, al que, por fortuna, nunca vimos.

Aquel día, ya hace más de 45 años, aunque era Sábado de Carnaval, era como cualquier otro día. En Penonomé los Carnavales comenzaron a ser muy conocidos tiempo después. Comenzábamos a regresar, con toda la chiquillada, caminando al pueblo, cuando nos percatamos de que faltaban Pito y también Chuqui, el perrito pequinés de la prima Moty. Todos nos desplazamos en distintas direcciones buscando a Pito y a Chuqui. En ese entonces, Pito tendría unos 10 años.

A los pocos minutos se oyeron gritos de espanto. Luis Guillermo Paniza había visto la camiseta de Pito flotando en el agua, en un lugar, que aun existe en el área de Las Mendozas, camino hacia al pueblo, donde salían las aguas negras. Sin pensarlo dos veces, Luis Guillermo, que tendría, si acaso, 15 años, se tiró al agua y lo sacó. Pito aún estaba con vida, pero más de allá que de acá. Chuqui, al que llevaba de una soga, se había ahogado. Todos los muchachos lloraban a Chuqui.

Había varios adultos allí, todos dispuestos a ayudar, pero fue Nora, la mamá de Pito, más que ninguna otra persona, la que le aplicó respiración artificial a su propio hijo. Fue una escena terriblemente conmovedora que todavía recuerdan los que estuvieron presentes.

No tengo muchos recuerdos de aquella situación ni cómo llegamos al hospital. ¿Se imaginan que en esa época no habría ni siquiera muchos automóviles? Pues menos aún una ambulancia, y dudo que en Las Mendozas hubiera un teléfono. Seguramente fueron los vecinos del lugar, los Arosemena o Tribaldos, quienes tenían la casa a orillas de Las Mendozas, quienes lo llevaron.

Lo internaron, le sacaron no sé qué cantidad de agua mugre y contaminada. Ya les dije que eran aguas negras. Lo mantuvieron bajo observación por más de 24 horas, y mi mamá jamás se separó de su lado.

Mientras tanto, en el pueblo, Luisa Pirón, una señora a la que todos conocían porque no estaba muy bien de la cabeza, se paseaba gritando por las calles: «ya ven lo que le pasó al hijo de Nora, casi se muere porque no lo cuidaron bien»... o algo parecido. Y seguía: «Eso es lo que pasa cuando los padres abandonan a sus hijos».

Por supuesto, aquello no era verdad, ya que todos estábamos pendientes de Pito como lo estuvimos el resto de su vida. Pero como bien sabemos, estos accidentes ocurren en cuestión de segundos. Ese día, Pito decidió caminar por delante y llevarse a Chuqui, que llevaba un collar en el cuello y una soga amarrada al collar. Al caminar sobre el puente entubado con barriles construido sobre las aguas negras, caminando sobre los tubos, ya que no tenía tablones, seguramente Pito perdió el balance, y niño y perro se fueron al agua.

Pito pasó los cuatro días de carnaval en el Hospital. Gracias a Dios esto ocurrió cuando NADIE iba a pasar Carnavales a Penonomé, porque aún no habíamos inventado lo del Carnaval Acuático y por que el carnaval interiorano todavía no era una fiesta de cinco días para muchos. Si hubiera sido en esta época, hubiera sido más trágico el asunto porque aquel hospital se convierte en un pandemónium con toda clase de accidentes causados por borrachera, ahogados, drogas, y quién sabe si, en medio de toda esa locura, típica de los carnavales, Pito hubiera salido con vida.

Cuando despertó, sus primeras palabras fueron «Mami, te quiero», y sus segundas palabras fueron «tengo hambre». Le dieron muy poco de comer y Pito se fue recuperando, pero esa misma noche hubo un retroceso terrible, cuando Pito insistió en que tenía hambre y una enfermera le dio o avena o pan, y casi lo mata. Gracias a Dios, no era el momento para la partida de Pito y también esto se superó.

Lo primero que hizo mi mamá cuando Pito salió del hospital y recupero sus fuerzas, fue llevarlo a Las Mendozas y enseñarle a nadar. Por eso es que mi vieja siempre ha sido digna de admiración. Durante mucho tiempo, Pito no quiso acercarse al puente entubado. Más tarde, decía que allí había muerto Chuqui. Y Pito aprendió a nadar y nadó, y nadó... Y más adelante, también supo bracear hasta las Tres Peñas con el resto de la chiquillada, con el susto de que Serafín (el lagarto) se pudiera aparecer en cualquier momento. Olvidaba decirles que, aunque las Tres Peñas quedaban como a una media hora nadando desde Las Mendozas y había muchos charcos hondos, a nadie se le ocurría ir caminando por la orilla. Eso hubiera sido un desprestigio.

## La colección de sombreros de Pito

Una tarde, recibimos en la casa la visita de don Eduardo E. Pazmiño, economista, muy conocido por todos como ex gobernador de los Clubes de Leones de Panamá y más recientemente por ser uno de los interventores del difunto Banco DISA. Eduardo conoció a Pito, como tantos otros, por su exuberante personalidad, en persona y ante las cámaras. Y Pito, que se las sabía enteras, y conocía quién es quién, no tardó en pedirle una gorra. No sé en qué momento lo hizo pero lo cierto es que Eduardo se presentó a nuestra casa con un sombrero y una tarjetita muy simpática que decía «Para Pito, con mucho cariño». Le envié un «email» a Eduardo para darle las gracias, y aquí esta su respuesta:

—— Mensaje original ——

De: Norita Scott-Pezet

Enviado el: Jueves, 23 de Mayo de 2002 12:28 p.m.

Para: Eduardo E. Pazmiño

Asunto: Gorra para Pito

*Hola Eduardo,*

*Hace días quiero agradecerte tu gesto tan simpático de traerle la gorra a Pito. Muy amable. Gracias otra vez. Norita.*

*Norita:*

*Muy por el contrario. Con la mayor sinceridad, fue un gesto de agradecimiento de nuestra parte para con Pito, cuya sonrisa pura y*

*amabilidad sin igual han hecho, de él, el camino a seguir.  
Por el momento, muchas bendiciones a ti, su querida madre, quien,  
a su vez, se dedica a atender muchos aspectos de la vida en sana  
convivencia, que nos auguran un Panamá mejor.*

*Saludos,*

*Pedro Pablo, Mirtha y Eduardo Pazmiño*


Veníamos desde Penonomé, Pito mi amiga Tilly y yo. Cuando llegamos en la casa de Tilly, en Balboa, todos nos bajamos. Sin querer, cerré el carro y se quedaron todas las llaves adentro. Incluso la llave que tengo de repuesto, que estaba dentro de la maleta. Qué molesto este incidente. después de viajar dos horas.

---

---

---

---



brero a Pito. Y cuando Pito los recibía, les daba un trato muy especial, como si se tratara del único sombrero que poseyera. Cómo se las sabía. Y nosotros, su familia, agradecíamos de todo corazón el gesto tan simpático de las personas que lo complacían.

Había tantos gorros, que «Mami» había colocado tres tablas largas en la pared de su recámara, para que los sombreros estuvieran colocados en hileras, nítidamente. Claro está que después de un tiempo, el número de sombreros excedía con creces el espacio disponible en las tablas, y los sombreros eran colocados por todos lados en su cuarto. Dentro de los roperos, sobre los roperos... Esto hacía necesario, de tanto en tanto, una «depuración» de sombreros, pero había que hacerlo con mucho cuidado, cosa que no era nada fácil, de forma que Pito no se diera cuenta de que algunos desaparecían. Los sombreros eran reciclados. A la finca y al área de Cerro Gordo iban a dar algunos de éstos, y cuando veía a los trabajadores usándolos les gritaba «ladrón». Pero los muchachos conocían la procedencia y sonreían.

En alguna ocasión, en el Teatro en Círculo, Pito vio de lejos a don Fernando Eleta y a su esposa, quienes por muchos años fueron los «dueños de Canal 4», RPC, una de las emisoras de televisión y de radio más importantes de Panamá. Nosotros no teníamos idea de que Pito los conocía. Pensamos, eso sí, que él sabía quiénes eran. En menos de lo que canta un gallo, Pito estaba al lado de Don Fernando, pidiéndole la gorra de RPC. Ya esas gorras se habían agotado y no sé cómo se las arregló don Fernando para conseguirle la gorra y, además, traérsela a la casa. Creo que Pito, cuando «leía» los periódicos o veía la TV, asociaba personas y eventos, porque estaba al tanto de quiénes eran los personajes importantes del país, de la sociedad y del mundo.

Pára la política, Pito conseguía todos los sombreros que pudiese de todos los partidos y sus candidatos. Tenía repetidos, de modo que con ellos hacía canje, y, por eso, volvía a pedir los mismos. Se enteraba de promociones de sombreros en las gasolineras, y quería que se los comprara todos. Cuando viajábamos a Penonomé, llevaba hasta seis sombreros, porque le gustaba que le combinaran con la ropa que usaba. Cuando yo le pedía uno prestado, porque había mucho sol, refunfuñaba y lo prestaba de mala gana.

Lo cierto es que Pito era un coleccionista de sombreros. Pero eso no era lo único que coleccionaba. También tenía muchos carritos, avioncitos y botones. ¿Y por qué no? A él le gustaba eso y estaba bien complacerlo.



## Pito y la política

Pues, sí, como les he dicho, Pito también sabía quién era quién en el mundo de la política. Por supuesto que reconocía al Presidente de turno de Panamá, y siempre reconoció al de los Estados Unidos y el de cualquier país que estuviera en las noticias con frecuencia. No se olvidaba de «Ufo» Arias, cuyo saludo imitaba muy bien. Políticamente hablando, sabía perfectamente quién era el jefe de la iglesia Panameña y quién era el Papa en Roma, quién era el alcalde; en fin, sabía quiénes eran los personajes importantes, y en el momento oportuno, cuando avistaba a alguno de ellos, caminaba directamente a saludarlo.

En una boda celebrada en Penonomé durante la presidencia de Ernesto Pérez Balladares, alias el Toro, estaban también Mireya Moscoso y Martín Torrijos, ambos, en ese momento, candidatos a la Presidencia. Pito, al verlos, estaba feliz, pero indeciso porque no sabía a quién saludar primero. Fue por gusto tratar de retenerlo, porque Pito también era agresivo y fuerte como un toro. El abrazo que le dio a Martín fue tan fuerte que yo pensé que le habría roto algún hueso al candidato. Recuerdo la sonrisa de Martín cuando me dijo: —No se preocupe, señora.

A mí me sorprendió el gesto tan cariñoso de Martín hacia Pito —en esos momentos no sabía que él también tenía una hija discapacitada.

Cuando en su diario vivir uno comparte estas situaciones, lo lógico es estar sensibilizado al respecto. Si uno quiere a alguien como Pito, se sabe que a veces la gente no responde muy bien a sus gestos de cariño —pero gracias a Dios, es una minoría la que

no responde al amor con amor, y a esas personas también hay que respetarlas, porque su razón tendrán. Al principio me sentía herida con aquellos que no le hacían una cara bonita a Pito, pero con el tiempo he aceptado que esto puede suceder. Además, son tan pocos, que Dios sólo sabe por qué son así —yo no me voy a mortificar por hacerlos cambiar. Entre mis amistades cuento con muy pocas que no le siguen la gracia a Pito. Con estas personas ¿qué le vamos a hacer? A veces, entre la misma familia me ha parecido que alguna que otra persona también lo ha rechazado, o por lo menos no le celebran todas sus cosas. Las ovejas en este rebaño somos distintas y no podemos pretender que todos nos quieran. Supongo que este es un punto en que otros padres de familia, familiares y amigos habrán tenido muchas experiencias. Es bueno conversar sobre estas cosas negativas para sacárnoslas del sistema y seguir para adelante, con una buena actitud. El mundo se convierte en un lugar mucho más simpático para vivir de día a día si no nos estamos lamentando todo el tiempo —lo peor es ser una persona amargada. Hay dichos que me gustan: «al mal tiempo, buena cara» y con el respeto a mis lectores, «al m... poca atención».

Durante la época de la política, Pito gozaba consiguiendo gorras y otros artículos promocionales que regalaban los candidatos a todos los niveles o sea los que aspiraban a los cargos de presidente, vice presidente, legislador, alcalde y representante. Le pedía algo a todo el mundo, aun cuando muchas veces ya le habían regalado el mismo artículo. En Penonomé se convirtió en un problema porque en menos de lo que canta un gallo Pito se desaparecía de la casa y caminaba a los centros políticos para buscar tal y cual gorra, bandera, «suéter», vaso, pañoleta. Sabía

perfectamente adónde ir a solicitarlas. Y casi siempre regresaba con una gorra, una bandera, algo; rara vez, con las manos vacías. No contento con este éxito, los partidos venían a la casa a regalarle artículos.

No quiero atreverme a contar cuántas gorras y camisetas obtuvo Pito en la contienda del 2004. Es suficiente decirles que las gorras ocupaban TODOS los espacios disponibles en su cuarto, especialmente puestos allí para colgar gorras; además, todos los cajones, cualquier lugar disponible que encontraba. Incluso había veces en que yo encontraba los gorros guardados entre mi ropa. Cuando viajábamos a Penonomé, llevaba en una bolsa algo de cada partido, y era tan vivo, que cuando nos acercábamos a un policía me decía: Ponte ésta (que seguramente era del partido de turno) o —Quítate esa (porque no era el momento de usarla). Tanto en Penonomé como acá en la ciudad, generalmente se vestía con la camiseta y el sombrero del mismo partido para ir a la escuela, para ir al cine, para ir a visitar, para ir a misa, para lo que fuera. Pito salía bastante. Pero, a veces, mezclaba el sombrero de un partido con la camiseta de otro y aun así salía feliz.

Recuerdo una vez en que Don Ricardo Arias Calderón llegó a nuestra casa en el barrio de San Francisco con una bandeja de regalo de cumpleaños para Pito, que contenía gorro, sombrero y pañoleta de la Democracia Cristiana. Pito, Don Ricardo y Teresita, su esposa, se conocían del restaurante Romanaccio que frecuentábamos para comer Pizza; y cuando Pito los veía, siempre se les acercaba a la mesa, y yo los observaba a la distancia porque tenían grandes conversaciones. Alguna vez que me acerque, pensando que Pito los estaba cansando, ellos me decían que no me preocupara y que lo dejara con ellos. Al llegar don Ricar-

do, quien para esos días comenzaba a sufrir quebrantos de salud, a nuestra casa, sentí mucha pena al verlo bajar de su auto para entregar el regalo de Pito. Se imaginan la felicidad de Pito cuando llegó de la escuela y se encontró con este regalazo.

Para la campaña del 2004 (que comenzó mucho antes, desde el 2003) no acaba de anunciar su candidatura con el partido Solidaridad el ya una vez Presidente, Guillermo Endara, cuando Pito le estaba pidiendo a todo el mundo la gorra de Endara. De paso, decía que él iba a votar con Endara. Mucha gente que lo conocía y lo quería, apenas conseguían una de las gorras nuevas, la traían a la casa. Así fue como una amiga, Rosie, le consiguió la de Endara —pero, lamentablemente, tuve que castigar a Pito por unos días porque se había portado mal en La Escuelita. El castigo consistía en que no podía usar la gorra hasta que me trajera estrellitas de la Escuela. Pero el muy bandido, aprovechó una tarde, en que yo no estaba en casa, y se llevó la gorra puesta cuando fueron a la caminata diaria en Atlapa con el Dr. Córdoba y su hija Leyda. Ese día había mucha gente en Atlapa porque se celebraba la Segunda Feria del Libro, y Pito se encontró con Martín Torrijos, candidato a Presidente por el Partido Revolucionario Democrático (PRD). Me dicen que, con el gorro de Endara puesto, le dijo a Martín que él iba a votar por Endara. Martín, muy humano en su trato con Pito, le dijo: Está bien, está bien. Entonces, Pito le pidió un gorro y Martín le prometió que se lo conseguiría. Todo esto dicho y hecho delante de muchas personas que escuchaban atentamente el intercambio entre Pito y Martín y gozaban de las cosas de Pito.

Lo cierto es que llegaron a manos de Pito, a través de la mamá de Martín, dos sombreros preciosos de Martín.

Pito sí gozó las elecciones del 2004. Un día sábado, acompañamos en una caravana de carros a nuestro sobrino Richard Kilborn Pezet, quien corría para legislador con el Partido Popular (antiguamente la Democracia Cristiana). La caravana era un verdadero carnaval, con muchas banderas y colores. A mi camioneta le pegaron tantos afiches y le pusieron tantas banderas que era difícil ver hacia atrás y hacia los lados. Acompañamos la caravana por espacio de casi tres horas. Durante este tiempo, Pito estaba verdaderamente feliz. Saludaba a todo el mundo, y como era de esperarse, tenía muchos conocidos en el recorrido, que lo saludaban y coreaban «Pito, viva Pito». Él estaba muy feliz.

Durante la campaña política, muchas veces nos decía que los cuatro candidatos iban a ganar —para él, todos eran ganadores. Conociendo el caso de Pito, sí creo que es una buena recomendación que los candidatos vayan por las escuelas y conversen con los muchachos. En realidad, no tienen mucho que conversar —con que lleguen cargados de gorras y «sweaters», tienen garantizado su voto— por lo menos en ese momento.

Pocos días antes de las elecciones, anunció a todos que él iba a votar por «ATÍN». No sé cómo fue, pero Pito estaba tan convencido de su decisión que si lo molestábamos se ponía bravo. Yo, que lo acompañé a dar su voto, no les puedo decir, finalmente, por quién voto, porque el voto es secreto. Sin embargo, él le decía a diestra y siniestra a todo el mundo, por quién había votado, aunque estuviera usando el sombrero de otro partido.

Aunque les parezca increíble, los jóvenes como Pito pueden votar en este país, siempre y cuando tengan su cédula, que es el documento de identidad oficial de la República de Panamá. Soy la primera en cuestionar lo juiciosa que es esta decisión. Sin em-

bargo, esta experiencia tiene tanto significado para él y otros como él, que no cambiaría las reglas del juego. Después de todo, él también es un ciudadano.

Ya me ha tocado acompañarlo al voto en dos elecciones —las del 1999 y 2004— y créanme que es bastante difícil convencerlo de que haga algo contrario a lo que ha decidido. Sería interesante que las compañías publicitarias estudiaran el caso Pito para ver qué es lo que ha influido en su decisión. Estando junto a él, si yo tratara de persuadirlo de tomar otra acción, estoy segura de que pegaría gritos, y el personal del Tribunal Electoral nos botaría a los dos del salón por conducta inadecuada.

Sé que Pito se sintió bien al ir a votar, así que me alegro de que haya tenido esta oportunidad para celebrar su nacionalidad. Y lo entiendo, porque así me lo han contado otros padres de familia cuando cuentan que sus hijos también estaban emocionadísimos con la oportunidad de votar.

Poco tiempo después de las elecciones, Pito insistía en que el ganador visitara su escuela. Lo pidió cuando ganó Endara, el Toro y Doña Mireya, y estoy segura de que si no fueron a La Escuelita es porque yo no lo pedí formalmente. Creo que es recomendable hacer esta solicitud con los nuevos gobiernos y sugerir que se convierta en una visita tradicional. Qué felices serían los muchachos ese día.

## Los Amigos de Pito

A través del tiempo, Pito tuvo varios amigos que, con frecuencia, regresaban a visitarlo y le traían alguno de sus regalos favoritos. Uno de ellos era Roberto Motta, quien mantuvo una relación de varios años con Pito y Nora, cuando formaban parte del grupo que se bañaban en la playita de Fuerte Amador. Muchos de los asiduos a la playita dejaron de asistir después que quitaron la red que los protegía contra los tiburones, porque, según decían las autoridades, estaba llena de huecos. A través de los años, Roberto visitaba la casa ocasionalmente, y le llevaba sombreros a Pito. Incluso, una vez envió al chofer, quien se llevó a Pito de compras. Regresó con sombrero, reloj nuevo, carrito, etc. El último sombrero que recibió de Roberto fue, estoy segura, el que era el favorito de Roberto en ese momento, ya que salíamos de misa, y se lo llevó al carro y le dio un sombrero muy lindo del Valle Escondido de Boquete.

Tenía gran amistad con el Dr. Elías Córdoba, hombre muy conocido en círculos deportivos del país que se había destacado como Presidente de Comité de Campeonatos Mundiales de la Asociación Mundial de Boxeo. Pito y el Dr. Córdoba se habían conocido cuando «Mami y Yo» iban en las tardes a caminar por las veredas del Centro de Convenciones Atlapa. En los primeros días el Dr. Córdoba caminaba en el centro de convenciones ATLAPA después de unas sesiones de terapia, y, contaba su hija Leyda (su acompañante permanente), que el Dr. Córdoba tenía un cariño muy especial por Pito. Además de regalarle bolitas de pan fresco y pastelitos de carne casi todos los días, el Dr. había

asistido a un cumpleaños de mi mamá en Penonomé, hecho extraordinario porque el Dr. no salía fácilmente de la ciudad. Para unas Navidades, Leyda y el Dr. llevaron a Pito a las Farmacias Arrocha a comprarle el regalo de Navidad. Arrocha era el lugar favorito de Pito para ver y comprar carritos. Yo pensé, con algo de pena, que eso de decirle, «que escoja lo que quiera» era un tanto atrevido. Pero adivinen qué escogió: un carrito y un avioncito. No quería nada más. Los Córdoba quedaron impresionadísimos por la poca cosa que escogió, y por supuesto, lo querían aún más después de esto. Pito también estaba muy pendiente de las ausencias del Dr. Córdoba, y me informaba que el Dr. se había ido para Japón a ver una pelea; me lo decía claro, con verbo, sustantivo y adjetivo. Y preguntaba a menudo, cuándo regresaría el Doctor. En mayo de 2002, los Córdoba fueron a caminar después de regresar del Japón, y adivinen qué le trajo a Pito. Un lindísimo gorro que dice: Japón. Y Pito estaba agradecidísimo, como si fuera el único sombrero que poseía.

Gran amigo también era Don Domenico Iovane, dueño de la pizzería Napoli en Obarrio. Pito llegaba al Napoli como «Pedro por su casa». Ya por todos conocido, se sentía dueño del lugar. Todos eran simpáticos con él, desde los mensajeros que llevan la comida a las casas, hasta las telefonistas que tomaban los pedidos de comida para las casas. Todos los de la familia Iovane eran muy atentos con Pito, y le prestaban atención a cualquier cosa que les dijera o los piropos que dirigía a todas las mujeres guapas que trabajaban detrás del mostrador. Vale decir que si encargábamos una pizza desde la casa, solo había que identificarse como la hermana de Pito para que nos tomaran la orden con mucho cariño. Debíamos parecer aburridos, porque siem-



pre comíamos lo mismo. Pizza o pizza y un Club «sándwich». Conocimos un tanto a Don Domenico por el afecto que le tenía a Pito. En distintas ocasiones le regaló camisetas y gorros que portaban el logo del Napoli; los hijos nos decían que esto era muy especial porque el Don no era de regalar. Por supuesto que cuando íbamos al Napoli, el 99% de las veces Pito usaba la camiseta y el gorro del Napoli.

En los lugares públicos, restaurantes, iglesias, sitios de compras, Pito entablaba conversación con muchas personas distintas, y a todas llamaba, «amigo». Muchos respondían con afecto y decían, —sí Pito, yo también soy tu amigo.

Su gran amiga fue MeceSolé, y de ella también hablaremos.

## Pito y La Iglesia

La primera comunión de Pito se hizo gracias al trabajo tesonero y paciente de la Sra. Berta B. de Fábrega, voluntaria desde 1966 de religión en La Escuelita durante muchos años, que preparaba a los niños para la primera comunión con dedicación y esmero. Pito recibió la sagrada eucaristía por primera vez, el 7 de diciembre de 1972. Luego de muchos meses de trabajo llegó el esperado día y los chicos fueron juntos a misa y se dirigieron al altar a recibir la comunión.

En el instante en que Pito estaba frente al cura, listo para recibir la comunión, cerró los labios y no había forma de que los abriera. La maestra le pidió que abriera los labios. Su mamá le pidió que los abriera. El párroco también. No hacía caso a nadie. Mientras tanto, los feligreses en un hilo, esperando que Pito comulgara.

Entonces, el párroco le preguntó. —Pito, ¿por qué no quieres abrir la boca? Y Pito le contestó: —Porque si me trago a Jesús, ¿quién me va a traer los regalos de Navidad? Uds. se imaginarán la reacción de ternura y los nervios que generó esta respuesta. El cura le dijo algo en secreto que lo convenció. Entonces, Pito comulgó, y de ese día en adelante jamás se perdió la oportunidad de comulgar. Era el primero en la fila.

Eso sí, caminando hacia el altar para recibir la comunión saludaba a todo el mundo. Se salía de la fila para darle un abrazo a algún amigo. De regreso a la banca, seguía saludando a todo el mundo.

Cuando llegaba al altar, trataba de entablar una conversación con el cura. Lo tenía a mi lado cuando le dio un apretón al

cura Villareal y yo pensé que al padre se le iba a caer la hostia. Creo que fue por gusto decirle a Pito que a los curas no se les abrazaba en el momento de recibir la hostia, pero por un tiempo no lo hizo más.

De no ser Síndrome Down, Pito hubiera sido político o cura. En todo caso, hubiera llegado a ocupar la posición de más jerarquía. Le encantaba ir a misa, y lo que más le gustaba era el momento del saludo, que aprovechaba para hacerle competencia al sacerdote ya que salía de la banca y saludaba a todo el mundo, TODO EL MUNDO. Yo, que casi siempre lo llevaba a misa, miraba de reojo para ver hasta dónde llegaba con sus saludos, y era incapaz de detenerlo, ya que sabía el gran significado social que tenía esta actividad.

Como sabía perfectamente quién era el Arzobispo, buscaba ocasiones para ir a saludarle. En la época de Monseñor Mcgrath tuvo muchas oportunidades para darle la mano, ya que «Mami y Yo» asistían con regularidad a eventos tales como La Cena de Pan y Vino y La Cita Eucarística.

En Penonomé tenía gran amistad con Monseñor Uriah. En ocasión del Viernes Santo, me consta, Monseñor le prestaba atención a cada palabra y cada gesto de Pito cuando éste aludía a la muerte de Cristo y terminaba por darle la bendición de una forma muy espiritual. Un sábado en la noche, pasaditas las nueve, estando nosotros viendo a Don Francisco, yo ya empiyamada, nos vino a visitar Monseñor Uriah que se encontraba en una casa vecina donde lo encontró Pito, porque éste le había pedido que bendijera una Virgen de Guadalupe que yo había traído de México. Como lo había invitado su amigo Pito, él padre Uriah no podía fallarle.

Cuando asesinaron al Padre Altafulla en la parroquia de Guadalupe, Pito lloró una mañana entera en el taller de la escuela, a punto de que la maestra Ester estaba preocupadísima y ya no sabía qué decir ni qué hacer. No creo que Pito conociera a Jorge Altafulla, pero sabía perfectamente que era sacerdote y que el horrible crimen había sucedido en una Iglesia que frecuentábamos para ir a la misa. Pito, de alguna forma, captaba, por lo que veía en los periódicos y en la TV, que la situación era verdaderamente espantosa. Fue muy difícil en esos días evitar que no viera lo que publicaban o que escuchara lo que decían, porque parecía que todo lo estaba absorbiendo. Su mirada triste lo decía todo.

Cuando, en la misa, llegaba el momento de rezar en comunidad, se acostumbraba que los feligreses hicieran una oración generalmente leída de la hojita «dominical». Pito, muchas veces, me pedía que yo leyera, y seguramente se decepcionaba porque yo no lo hacía. Me daba la impresión de que él quería que su hermana se luciera. Así que en una misa en la Iglesia de San Francisco que oficiaba su amigo el padre Villareal, de pronto Pito, con voz clara y comprensible (para mí mucho) «leyó» despacio y en alta voz, pidió bendiciones para su mamá, para Karyn, para el Papa. Ni me volteó a ver cuando terminó, y yo, ni lo volteé a ver, como si lo que acababa de hacer fuera lo más normal del mundo.

## Pito y sus enamoradas

### «¡TODAS SON GUAPAS!»

Para Pito, todas las mujeres son guapas, sin distingo de color, tamaño, edad, color de ojos, peso, vestimenta, etc. No me consta que a las monjas les dijera guapas —no me extrañaría. Por cierto, no creo que conociera a muchas monjas, pero me consta que a las mujeres-policía también les decía ¡guapa!

La verdad es que Pito les decía guapas a las mujeres cuando no les conocía el nombre. ¡Qué vivo! Pero con más frecuencia, decir «guapa» era un saludo. Quedaban todas derretidas. Qué manera más fácil de ganarse a las representantes del sexo femenino, haciéndolas sentir a todas como princesas.

En la escuela siempre tenía una chica a quien admiraba más que a las demás. A través de los años fueron varias: Karla, Rosemary y Karyn fueron las más mencionadas. Obviamente, no había nada serio, pero cómo le gustaba que su preferida del momento de repente le diera un beso —claro está, en la mejilla— y corría a decírmelo apenas llegaba a casa.

En la escuela, hacían muchos bailes y Pito siempre bailaba, porque lo hacía muy bien, tenía buen ritmo, y le encantaba.

Sobre su sensualidad, solo puedo decirles que cuando veía a una mujer con senos grandes, sin más ni más decía «toing toing». Era comiquísimo ir en el carro con él, estaba calladito, y de repente, decía: —toing toing. No tenemos idea de donde sacó lo de «toing toing» ni cuándo comenzó.

Nunca tuvimos con Pito un problema de sexualidad; sus relaciones con mujeres eran de mucho cariño y sí le gustaba tocarlas,

pero lo hacía en el hombro o en la cara, y nunca se propasaba. No las mordía, ni las besaba en la boca, nada de cosas así. Incluso, cuando nos insinuaba a las de la familia íntima que nos daría un beso en la boca, se moría de la risa ante el intento de hacerlo y jamás lo hizo.

## Operación para que tenga un buen chorro de orín

No hablemos de la tensión que yo sentía causada porque la pequeña cirugía se acercaba. Con toda razón la habíamos pospuesto hasta después de su cumpleaños, el 9 de agosto. Ya Pito tenía unos dos años en que, un par de veces, le había salido una infección urinaria con unos leucocitos muy altos y, además, sangraba por el pene de vez en cuando. Pito estaba asustado y decía que se iba a morir.

Como ya mi mamá no estaba en condiciones de hacer muchas cosas, y menos las más emotivas, Pito y Yo nos levantamos a las 5 de la mañana, temerosa yo de que el muy goloso hubiera comido algo o tomado agua, ya que me habían dicho que no podía hacerlo por la anestesia.

Pito nos sorprendió a todos porque siguió las instrucciones y no comió ni bebió nada. De casa salimos a las 6 de la mañana y fuimos al Hospital América. Poco después, llegó el Dr. Darcy Smith, su sobrino; quien, gracias a Dios estaba allí porque le inspiraba mucha confianza y cariño (que era mutuo).

Desde la llegada al hospital, Pito les decía guapas a todas las personas del sexo femenino que encontraba por allí, como siempre.

A las 7:10 a.m. lo llevaron al quirófano. Mi corazón estaba en el piso; fui a la sala de estar pensando esperar más o menos una hora. Pero al pasar la hora, me puse nerviosa y comencé a caminar de un lado para otro por los pasillos del hospital. Gracias a Dios que el Dr. Edgar Figueroa, su urólogo, apareció, y dijo son-

riente que todo estaba bien. Dio las instrucciones pertinentes y luego fuimos a ver a Pito.

Él estaba aún anestesiado, aunque faltaba poco para que se levantara, lo cual ocurrió en menos de media hora. Recién despertado le pidió los carritos a Darcy, besó a Concepción, la enfermera, besó a la anesthesióloga, Gabriela Velarde, y si no besó a más mujeres es porque eran las únicas que estaban allí. Salimos del hospital como a las 10:30 a.m. y vinimos a la casa sin contratiempos.

Ese día, 17 de Agosto del 2000 a la 1:00 p.m., escuché la conversación telefónica de Pito con Lupita (Epi), la hermana que vive en Coronado:

(P) —Hola, escuche a mí por favor.

(E) —Smith te dio un beso.

(P) —No, Esmith me va a comprar un carro en Arrocha. Ese hombre, el doctor, llama Edga, y es guapo, y las enfermeras son guapas. ¡Pito se murió! No, yo estaba dormido. La enfermera decía arriba, arriba. Aguanta, no vayas, aquí esta Aita...



## Veranos penonomeños

Penonomé de mis amores. Pueblo que no nos vio nacer, pero sí nos vio crecer y envejecer. Cerro Guacamaya, tú si guardas las huellas de los pasos de nuestros antepasados y los nuestros. En las ocasiones en que he alcanzado tu cima pienso y siento que estoy muy cerca de Dios. Río Zaratí, tus aguas en otra hora eran muy cristalinas. Hoy día están muy contaminadas, pero no tiene que ser así por siempre jamás, porque la Princesa que en ti mora no nos perdonaría.

Éramos tan niños, corriendo felices y bulliciosos por las calles del pueblo en las vacaciones de verano. Jugábamos en el parque que estaba frente a la casa desde donde nos podían ver en cualquier momento. Frente al parque quedaba la iglesia, con sus campanas, que ya desaparecieron, cuyo repique era muy claro en su mensaje. A un costado del parque estaba la Gobernación y la Estación de Policía del pueblo, que era capital de provincia. De los otros costados había residencias de familias.

Cuando la tía Rosita Quirós Pezet pasaba hacia la iglesia o regresaba de la iglesia a su casa, nos gritaba a los que jugábamos en el parque a todas horas:

—Alabado sea el Señor y gracias a Dios que Don Ángel María (nuestro bisabuelo) ya no los puede ver ahora que andan corriendo en pantaloncitos cortos. Dios nos ampare.

Se persignaba y seguía su camino y nosotros continuábamos en nuestros juegos. No hubiera sido lo mismo si la tía Rosita no nos hubiera dicho algo.